

La vocación de escribir, el deseo de escribir

«**S**OY la advenediza / la perturbadora / la desordenadora de los sexos / la transgresora. / Hablo la lengua de los conquistadores / pero digo lo opuesto de lo que ellos dicen» escribía Cristina Peri Rossi en su poema «Condición de mujer», del libro *Otra vez Eros* (1994). Ahora, recorre sus años de infancia y juventud en su último libro, una novela autobiográfica para la que elige como título otro calificativo: *La insumisa*. *La insumisa* no es un libro de memorias al uso, ni una autobiografía edulcorada. No podía serlo en una autora acostumbrada a decir su escritura desde la libertad y una absoluta independencia, poco dada a contemporizar; más bien al contrario, diríamos que su literatura se edifica a contracorriente y sale siempre a flote a pesar de esa corriente en contra, gracias a la fuerza de su creatividad, a la personalidad de un estilo que ha ido afianzándose en cada libro suyo, haciendo de ella una escritora de culto desde hace varias décadas.

La insumisa es una acuarela autobiográfica cuyas pinceladas sobre el espejo del pasado contienen trazos de realismo mágico y de surrealismo onírico, de realismo sucio y de realismo irónico, existencialismo de la memoria y simbología de los indicios. Una lectura en la que sufrimos y gozamos casi a partes iguales, porque el drama y la ternura, los momentos fe-

lices y las derrotas, las alegrías y las frustraciones se superponen en una alternancia tan verosímil y a veces tan plena o dolorosa como como la vida misma. Y todo ello contado con esa fina ironía, un sentido del humor que es marca de la casa y un recurso de estilo que hace que su escritura no sea dada a regodearse en la tragedia, sino a crecer en medio de las dificultades. Por ejemplo, bastaría como metáfora elocuente ese episodio que cuenta en este libro de cómo su padre a veces la castigaba encerrándola en el cuarto de baño; y cómo supo transformar ese castigo en un momento gozoso y al final decidió que no quería salir porque allí podía escribir, pintar con las tizas las paredes o hacer música con un hilo sin que nadie lo viera: «Esas tardes de domingo eran como retiros de meditación, creación e intimidad... Aprendí algo que sería muy útil en otros momentos de mi vida: convertir la obligación, la condena, en voluntad, en deseo».

La insumisa es una niña enamorada de su madre hasta el punto de querer casarse con ella. Una niña que odia al padre, un padre violento, cuya brutalidad descarga sobre ella con castigos, amenazas y palizas. Una niña-Tom Sawyer, que sabe hacer fuego frotando dos piedras, a la que le gusta silbar y subirse a los árboles, jugar al balón o cazar lagartos. Una niña arqueóloga que escarba en el jardín tra-

sero de la casa para desenterrar viejos tesoros. Una niña cómplice de la naturaleza y de los animales, de los trenes y la vida al aire libre... Aquella niña que quería cambiar las leyes para poder casarse con su madre y no ir a la escuela; la niña que se descubre por vez primera el amor hacia otra niña; la que aprende muy pronto lo que es el desamor y la culpa y la responsabilidad, los deseos que chocan con la realidad... los descubrimientos y las decepciones. También es la joven que crece con las primeras pasiones de la juventud, y se ve abocada al exilio, y no sólo al exilio político; temas que serán obsesiones de su escritura y que ya están esbozados en esos primeros años. Pero resulta especialmente significativo su retrato de niña escritora, su vocación tan temprana. A los seis años ya manifestó su voluntad de ser escritora. Leía con avidez en la biblioteca de su tío Tito, escuchaba música clásica hasta la madrugada, quería ser una mujer culta, porque su tío despreciaba a las mujeres sin cultura. Aquel tío que una vez le dijo: «Las mujeres no escriben, y cuando escriben se suicidan», pero ya entonces ella tenía la férrea voluntad de escribir y de demostrarle que estaba equivocado. Memorable su encuentro con la máquina de escribir, la emoción de los dedos humedecidos, en una imagen de una gran carga erótica; el deseo de escribir, tan deseo como el deseo de acariciar un cuerpo.

Un testimonio biográfico, tierno, valiente y poético. Una confesión que no escatima los momentos de sufrimiento, entreverados con la felicidad de encontrar y descubrir caminos, su

capacidad de disfrutar y de amar, de crecer a través de la escritura. Esa niña nos transmite la intensidad de sus vivencias, incluso aquellas más dolorosas que aparcamos «en el cajón de los recuerdos muertos». Un testimonio vital, en primera persona, mucho más creíble que cualquier ensayo teórico, con esa capacidad suya para transformar las vivencias en símbolos y universalizar lo cotidiano.

En el prólogo a *Las musas inquietantes* (1999) Pere Gimferrer destacaba la habilidad de Cristina Peri Rossi para contarnos la vida, su narración turbadora: «Tenemos, sí, la sensación de hallarnos ante alguien que relata vívidamente historias, como un narrador andariego o un juglar (por no decir Scherezade)». Es curioso que Gimferrer destaque precisamente esa capacidad narrativa en un libro de poemas, y en la misma medida podríamos destacar la potente carga poética que encontramos en sus novelas y relatos, y también en *La insumisa*. Los géneros conviven en su escritura sin prejuicios, desde sus primeros libros publicados a comienzos de los años sesenta; lo que hoy se considera un rasgo de modernidad, ya era entonces una de sus marcas de estilo más características. Como lo era la mirada feminista, de la que sin duda es una pionera, también desde sus primeros libros, o el compromiso cívico y político que se expresa en sus libros y que le costaría la censura en su país, Uruguay, y el exilio en Barcelona, en 1972 (obtendría la nacionalidad española en 1975).

En una entrevista en *El País*, en 2017, le preguntaron a Cristina Peri Rossi a quién le daría el Premio Cer-

vantes y ella contestó sin dudarle: «A Cristina Peri Rossi». Estoy segura de que no era una respuesta pretenciosa ni un exceso de vanidad, sino que expresaba el convencimiento sincero de la seguridad en su propia obra, una obra que a lo largo de más de medio siglo ha conseguido la fidelidad de

muchos lectores de culto, entre los que me cuento, lectores convencidos de que sería un gran Premio Cervantes, y un merecido Premio Cervantes. —AMALIA IGLESIAS.

Cristina Peri Rossi, *La insumisa*, Palencia, Menoscuarto Ediciones, 2020.

Una pura tormenta

EN diciembre de 1990 Ignacio Martínez de Pisón vivía alquilado en el número 107 de la calle Borrell, de Barcelona. Una explosión debida a un escape de gas destruyó el día 5 de ese mes el número 111 y también los dos edificios contiguos, el 109 y el 113. La casa del escritor aragonés quedó en pie, pero dañada, y el Ayuntamiento, para evitar que pudieran producirse nuevas explosiones, ordenó sustituir de forma inmediata las viejas cañerías de plomo por nuevas tuberías de cobre, por lo que hasta que no se hiciera esa reforma no habría suministro de gas. Eso obligaba a Martínez de Pisón a dejar su piso de Borrell y mudarse a otro. Lo hizo, en el verano siguiente, a uno muy próximo, en la calle Urgell.

Cuando nuestro amigo Félix Romeo se enteró de que quedaba libre el viejo piso de Ignacio le pidió que mantuviera el alquiler, porque él y dos amigos zaragozanos de la infancia pensaban pasar una larga temporada en

Barcelona y aquel piso, una vez resuelto el asunto de las tuberías, le parecía perfecto para ellos. Así lo hicieron, y Félix y sus amigos Bizén Ibarra y Chusé Izuel se instalaron en el número 107 de la calle Borrell. A todos los efectos Ignacio seguía siendo el inquilino y pagaba la renta, y sus amigos le reembolsaban a él el dinero del alquiler.

Félix, a quien yo había llevado siendo él apenas un muchacho a la tertulia que Ignacio, Antonio Pérez Lasheras, José Antonio Labordeta, Luis Alegre y otros amigos manteníamos en el café El Ángel Azul de la calle Blancas, ya era desde hacía tiempo uno de nuestros mejores amigos, así que vivimos aquella mudanza con intensidad. Menos conocía yo a Ibarra, por quien luego he llegado a sentir un gran afecto, y apenas nada a Izuel, a quien sólo había visto dos o tres veces. Este, como Félix, quería dedicarse a la literatura, y Bizén trataba de abrirse camino como pintor. En el bar Mañé, situado en un chaflán de Florida-blanca y Borrell, al que algunas veces